PREPARATIVOS DE BODA EN EL CAMPO

de Franz Kafka



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

Preparativos de Boda en el Campo de Franz Kafka

Preparativos de boda en el campo

I

Cuando Eduard Raban, atravesando el zaguán, salió al vano del portón, vio que llovía. Llovía poco. Sobre la acera, justo delante de él, había mucha gente con andares muy diversos. De vez en cuando, alguien se adelantaba y cruzaba la calzada. Una niña sostenía en sus manos extendidas un perrito cansado. Dos señores se hacían confidencias. Uno de ellos mantenía las manos con las palmas hacia arriba y las movía uniformemente, como si sostuviera un peso en vilo. Entonces se divisaba a una dama cuyo sombrero estaba muy cargado de cintas, broches y flores. Y un joven con un fino bastón pasaba deprisa, con la mano izquierda plana sobre el pecho, como si estuviera paralizada. De tanto en tanto aparecían hombres que fumaban y llevaban ante sí pequeñas nubes alargadas y verticales. Tres señores —dos de ellos sostenían ligeros gabanes sobre el antebrazo doblado— se adelantaban a menudo desde la pared de las casas hasta el borde de la acera, observaban lo que allí ocurría y luego se retiraban de nuevo, conversando. Por los huecos entre los transeúntes se veían los adoquines de la calzada, regularmente rejuntados. Por allí, unos coches de altas y delicadas ruedas eran arrastrados por caballos con los cuellos estirados. La gente, reclinada en los asientos acolchados, miraba en silencio a los peatones, las tiendas, los balcones y el cielo. Si un coche tenía que adelantar a otro, los caballos se apre-

tujaban y los correajes colgaban bamboleándose. Los animales tiraban de la lanza, el coche rodaba, balanceándose apresuradamente, hasta que completaba el arco alrededor del coche delantero y los caballos volvían a separarse, manteniendo únicamente sus estrechas y tranquilas cabezas inclinadas la una hacia la otra.

Algunas personas se acercaron rápidamente al portón de la casa; sobre el mosaico seco se detuvieron, se volvieron lentamente y miraron la lluvia, que caía de forma confusa, encajonada en aquel estrecho callejón.

Raban se sentía cansado. Sus labios estaban pálidos, como el rojo desvaído de su gruesa corbata, que lucía un estampado morisco. La dama junto al umbral de enfrente, que hasta ahora había estado mirándose los zapatos, bien visibles bajo la falda ceñida, lo miró entonces a él. Lo hizo con indiferencia y, además, tal vez solo miraba la caída de la lluvia delante de él o las pequeñas placas con los nombres de las empresas que estaban fijadas en la puerta, por encima de su cabello. Raban creyó que ella lo miraba asombrada. «Claro», pensó él, «si pudiera contárselo, no se asombraría en absoluto. Uno trabaja tan exageradamente en la oficina que luego está demasiado cansado incluso para disfrutar bien de sus vacaciones. Pero con todo el trabajo no se adquiere ningún derecho a ser tratado con amor por todo el mundo; más bien, uno está solo, es un completo extraño y solo un objeto de curiosidad. Y mientras digas 'uno' en lugar de 'yo', no es nada y se puede recitar esta historia; pero en cuanto admites ante ti mismo que eres tú, entonces te sientes formalmente traspasado y te horrorizas».

Dejó en el suelo el maletín de mano forrado de tela a cuadros, doblando las rodillas al hacerlo. El agua de la lluvia ya corría en franjas por el borde de la calzada, tensándose casi hasta los sumideros más bajos.

«Pero si yo mismo distingo entre 'uno' y 'yo', ¿cómo puedo entonces quejarme de los demás? Probablemente no son injustos, pero estoy demasiado cansado para comprenderlo todo. Estoy incluso demasiado cansado para hacer sin esfuerzo el camino hasta la estación, que a pesar de todo es corto. ¿Por qué, entonces, no me quedo en la ciudad durante estas cortas vacaciones para descansar? Realmente, no soy razonable. El viaje me pondrá enfermo, bien lo sé. Mi habitación no será lo bastante cómoda, en el campo no es posible de otra manera. Apenas estamos en la primera mitad de junio, el aire en el campo es a menudo todavía muy fresco. Es cierto que voy pru-

dentemente abrigado, pero tendré que unirme a gente que pasea hasta tarde por la noche. Allí hay estanques, se paseará a lo largo de los estanques. Seguro que me resfriaré. En cambio, en las conversaciones destacaré poco. No podré comparar el estanque con otros estanques en un país lejano, pues nunca he viajado, y para hablar de la luna y sentir felicidad y subir entusiasmado a montones de escombros, para eso ya soy demasiado viejo como para que no se rían de mí».

La gente pasaba con las cabezas algo gachas, sobre las que sostenían laxamente los paraguas oscuros. También pasó un carromato de carga; en su pescante, lleno de paja, un hombre estiraba las piernas con tanta negligencia que un pie casi tocaba el suelo, mientras el otro descansaba cómodamente sobre paja y andrajos. Parecía como si estuviera sentado en un campo haciendo buen tiempo. Sin embargo, sostenía atento las riendas, para que el carro, sobre el que chocaban barras de hierro, maniobrara bien entre el gentío. En el suelo, sobre la humedad, se veía el reflejo del hierro deslizarse en meandros y lentamente de hilera de piedras en hilera de piedras. El niño pequeño junto a la dama de enfrente iba vestido como un viejo viticultor. Su traje arrugado formaba un gran círculo abajo y estaba ceñido únicamente por un cinturón de cuero, casi ya bajo las axilas. Su gorra semiesférica le llegaba hasta las cejas y dejaba colgar una borla desde la punta hasta la oreja izquierda. La lluvia lo alegraba. Salió corriendo del portón y miró al cielo con los ojos abiertos, para atrapar más lluvia. Saltaba a menudo, de modo que el agua salpicaba mucho y los transeúntes lo reprendían severamente. Entonces la dama lo llamó y lo sujetó en adelante con la mano; pero él no lloró.

Raban se asustó entonces. ¿No era ya tarde? Como llevaba abiertos el abrigo y la chaqueta, buscó rápidamente su reloj. No funcionaba. Malhumorado, preguntó la hora a un vecino que estaba un poco más adentro en el zaguán. Este mantenía una conversación y, aún en medio de la risa que la acompañaba, dijo: «Con permiso, pasadas las cuatro» y se volvió.

Raban abrió rápidamente su paraguas y cogió su maletín. Pero cuando quiso salir a la calle, el paso le fue bloqueado por algunas mujeres apresuradas, a las que, por tanto, dejó pasar primero. Vio entonces desde arriba el sombrero de una niña, que, trenzado de paja teñida de rojo, lucía una coronita verde sobre el borde ondulado. Todavía lo tenía en el recuerdo cuando ya estaba en la calle, que ascendía ligeramente en la dirección en la

que él quería ir. Luego lo olvidó, pues ahora tenía que esforzarse un poco; el maletín no le resultaba ligero y el viento le soplaba completamente en contra, hacía ondear la chaqueta y hundía las varillas delanteras del paraguas.

Tuvo que respirar más hondo; un reloj en una plaza cercana, abajo, dio las cuatro y cuarto; vio bajo el paraguas los pasos cortos y ligeros de la gente que venía hacia él, las ruedas frenadas de los coches chirriaron, girando más despacio, los caballos estiraban sus delgadas patas delanteras, audaces como gamuzas en la montaña.

Entonces a Raban le pareció que también superaría el largo y aciago tiempo de las próximas dos semanas. Pues son solo dos semanas, es decir, un tiempo limitado, y aunque las contrariedades sean cada vez mayores, el tiempo durante el cual hay que soportarlas disminuye. Por lo tanto, el valor crece sin duda. «Todos los que quieren atormentarme y que ahora han ocupado todo el espacio a mi alrededor, serán repelidos muy gradualmente por el benigno transcurso de estos días, sin que yo tenga que ayudarles en lo más mínimo. Y puedo, como resultará natural, ser débil y silencioso y dejar que hagan todo conmigo y, sin embargo, todo tendrá que salir bien, solo por los días que transcurren.

¿Y además, no puedo hacerlo como hacía siempre de niño en los asuntos peligrosos? Ni siquiera necesito ir yo mismo al campo, no es necesario. Envío a mi cuerpo vestido. Si se tambalea al salir por la puerta de mi habitación, ese tambaleo no muestra miedo, sino su insignificancia. Tampoco es agitación si tropieza en la escalera, si viaja sollozando al campo y allí se come su cena llorando. Pues yo, yo, entretanto, yazgo en mi cama, bien tapado con la colcha marrón amarillenta, expuesto al aire que sopla a través de la habitación ligeramente abierta. Los coches y la gente en la calle circulan y caminan vacilantes sobre el suelo reluciente, pues yo aún sueño. Cocheros y paseantes son tímidos y cada paso que quieren dar hacia adelante me lo suplican mirándome. Yo los animo, no encuentran ningún obstáculo. Yo, tal como yazgo en la cama, tengo la forma de un gran escarabajo, un ciervo volante o un abejorro, creo».

Se detuvo ante un escaparate en el que, tras un cristal mojado, colgaban de unas varillas pequeños sombreros de caballero, y los miró con los labios fruncidos. «Bueno, mi sombrero aún servirá para las vacaciones», pensó y

siguió andando, «y si nadie puede soportarme por culpa de mi sombrero, pues tanto mejor. La gran forma de un escarabajo, sí. Entonces lo dispondría como si se tratara de una hibernación, y apretaría mis patitas contra mi abombado vientre. Y susurro un pequeño número de palabras, que son órdenes para mi triste cuerpo, que está de pie justo a mi lado y encorvado. Pronto he terminado: él hace una reverencia, se va fugazmente y lo llevará a cabo todo de la mejor manera, mientras yo descanso».

Llegó a un portón exento y abovedado que, en lo alto de la empinada calleja, conducía a una pequeña plaza rodeada de muchas tiendas ya iluminadas. En el centro de la plaza, algo oscurecido por la luz del borde, se alzaba el bajo monumento de un hombre sentado y pensativo. La gente se movía como estrechas pantallas ante las luces, y como los charcos esparcían todo el brillo a lo ancho y hondo, el aspecto de la plaza cambiaba incesantemente. Raban se adentró bastante en la plaza, pero esquivaba con respingos los coches que avanzaban, saltaba de piedra seca aislada en piedra seca y sostenía el paraguas abierto en la mano muy levantada, para verlo todo alrededor. Hasta que se detuvo junto a una farola —una parada del tranvía eléctrico— que estaba colocada sobre un pequeño basamento cuadrado de pavimento.

«En el campo, sin embargo, me esperan. ¿No estarán ya haciendo conjeturas? Pero no le he escrito en toda la semana, desde que está en el campo, solo esta mañana. Entonces uno ya se imagina mi aspecto de otra manera. Quizá crean que me abalanzo cuando hablo con alguien, pero esa no es mi costumbre, o que abrazo cuando llego, tampoco hago eso. La enfadaré si intento apaciguarla. Ah, si pudiera enfadarla del todo, al intentar apaciguarla».

Entonces pasó un coche descubierto, no muy rápido; tras sus dos faroles encendidos se veían dos damas sentadas en banquillos de cuero oscuro. Una estaba reclinada y tenía el rostro cubierto por un velo y la sombra de su sombrero. Pero el torso de la otra dama estaba erguido; su sombrero era pequeño, delimitado por finas plumas. Cualquiera podía verla. Tenía el labio inferior ligeramente metido en la boca.

Justo cuando el coche hubo pasado a Raban, algún poste ocultó la visión del caballo de mano de este coche, luego algún cochero —que llevaba un gran sombrero de copa— sobre un pescante inusualmente alto fue inter-

puesto ante las damas, —eso ya estaba mucho más lejos—, luego su propio coche giró en la esquina de una casita, que ahora llamaba la atención, y desapareció de la vista.

Raban lo siguió con la mirada, con la cabeza inclinada, apoyó el mango del paraguas en el hombro para ver mejor. Se había metido el pulgar de la mano derecha en la boca y se frotaba los dientes con él. Su maletín yacía a su lado, con una cara lateral en el suelo. Los coches corrían de calleja en calleja a través de la plaza, los cuerpos de los caballos volaban horizontales como si fueran lanzados, pero el cabeceo de la testa y del cuello indicaba el impulso y el esfuerzo del movimiento.

Alrededor, en los bordes de las aceras de las tres calles que aquí confluían, había muchos ociosos que golpeaban el pavimento con bastoncillos. Entre sus grupos había quioscos donde unas muchachas servían limonada, luego pesados relojes públicos sobre finos postes, luego hombres que llevaban en el pecho y la espalda grandes carteles en los que se anunciaban diversiones con letras multicolores, luego mozos de cuerda... (faltan dos páginas)... un pequeño grupo. Dos coches de señores, que atravesaban la plaza hacia la calle descendente, retuvieron a algunos caballeros de este grupo, pero detrás del segundo coche —ya lo habían intentado medrosamente tras el primero— estos señores volvieron a unirse en un montón con los otros, con los que luego entraron en la acera en una larga fila y se agolparan en la puerta de un café, arrollados por las luces de las bombillas que colgaban sobre la entrada.

Los coches del tranvía eléctrico pasaban grandes en la cercanía, otros estaban parados lejos en las calles, indistintos. «Qué encorvada está», pensó Raban al mirar la imagen ahora, «en realidad nunca está erguida y tal vez tenga la espalda redonda. Tendré que fijarme mucho en eso. Y su boca es tan ancha y el labio inferior sobresale sin duda aquí, sí, ahora también me acuerdo de eso. ¡Y el vestido! Naturalmente, no entiendo nada de vestidos, pero estas mangas cosidas tan ceñidas son sin duda feas, parecen un vendaje. Y el sombrero, cuyo borde se levanta del rostro en cada punto con una curvatura diferente. Pero sus ojos son hermosos, son marrones, si no me equivoco. Todos dicen que sus ojos son hermosos».

Cuando entonces un tranvía eléctrico se detuvo ante Raban, mucha gente se agolpó a su alrededor hacia la escalerilla del vagón, con paraguas punti-

agudos y poco abiertos, que sostenían erguidos en las manos apretadas contra el hombro. Raban, que sostenía el maletín bajo el brazo, fue arrastrado fuera de la acera y pisó con fuerza un charco invisible. En el vagón, un niño estaba arrodillado en el banco y apretaba las yemas de los dedos de ambas manos contra los labios, como si se despidiera de alguien que se marchaba en ese momento. Algunos pasajeros bajaron y tuvieron que caminar unos pasos a lo largo del vagón para salir del gentío. Luego una dama subió al primer escalón, la cola de su vestido, que sostenía con ambas manos, caía justo sobre sus piernas. Un señor se agarraba a una barra de latón y contaba, con la cabeza levantada, algunas cosas a la dama. Todos los que querían subir estaban impacientes. El revisor gritó.

Raban, que ahora estaba en el borde del grupo que esperaba, se volvió, pues alguien había gritado su nombre.

—Ach, Lement —dijo lentamente y tendió al joven que se acercaba el dedo meñique de la mano en la que sostenía el paraguas.

—Este es, pues, el novio que va a ver a su novia. Tiene un aspecto terriblemente enamorado —dijo Lement y luego sonrió con la boca cerrada.

—Sí, tienes que perdonar que me vaya hoy —dijo Raban—. Te he escrito también esta tarde. Naturalmente, me habría gustado mucho ir contigo mañana, pero mañana es sábado, todo estará abarrotado, el viaje es largo.

—No importa. Es cierto que me lo prometiste, pero cuando se está enamorado. Tendré que ir solo.

Lement tenía un pie en la acera y el otro en el pavimento y apoyaba el torso ya en una pierna, ya en la otra.

—Querías subir ahora al tranvía; justo se va. Ven, vamos a pie, te acompaño. Todavía hay tiempo de sobra.

—¿No es ya tarde, por favor?

—No es de extrañar que estés nervioso, pero de verdad que aún tienes tiempo. Yo no soy tan nervioso, por eso acabo de perder a Gillemann.

—¿Gillemann? ¿No vivirá él también allí?

—Sí, él con su mujer, la semana que viene quieren irse y por eso le había prometido precisamente a Gillemann encontrarme con él hoy cuando saliera

de la oficina. Quería darme algunas instrucciones referentes a la decoración de su piso, por eso debía encontrarme con él. Pero ahora me he retrasado de algún modo, tenía recados. Y justo cuando estaba pensando si no debería ir a su casa, te vi, primero me sorprendió el maletín y te hablé. Pero ahora ya es demasiado de noche para hacer visitas, es casi imposible ir todavía a casa de Gillemann.

—Naturalmente. Así que, después de todo, tendré conocidos allí. Por cierto, nunca he visto a la señora Gillemann.

—Y es muy guapa. Es rubia, y ahora, después de su enfermedad, pálida. Tiene los ojos más hermosos que he visto jamás.

—Por favor, ¿cómo son unos ojos hermosos? ¿Es la mirada? Nunca he encontrado hermosos unos ojos.

—Bueno, tal vez he exagerado un poco. Pero es una mujer guapa.

A través del cristal de un café en la planta baja se veía a señores sentados, apretados junto a la ventana, alrededor de una mesa de tres lados, leyendo y comiendo; uno había bajado un periódico a la mesa, sostenía una tacita en alto, miraba a la calleja por el rabillo del ojo. Detrás de estas mesas de la ventana, en la gran sala, cada mueble y utensilio estaba oculto por los clientes, que se sentaban unos junto a otros en pequeños círculos. ... (Faltan dos páginas.) ...

—Casualmente, no es un negocio desagradable, ¿verdad? Muchos asumirían esta carga, opino yo.

Entraron en una plaza bastante oscura, que en su lado de la calle empezaba antes, pues el lado opuesto sobresalía más. En el lado de la plaza por el que seguían caminando había una hilera ininterrumpida de casas, desde cuyas esquinas dos hileras de casas, al principio muy distantes entre sí, retrocedían hacia la irreconocible lejanía, en la que parecían unirse. La acera era estrecha junto a las casas, en su mayoría pequeñas, no se veían tiendas, por aquí no circulaba ningún coche. Un soporte de hierro, cerca del final de la calleja de la que venían, sostenía algunas lámparas que estaban fijadas en dos anillos colgados horizontalmente uno encima del otro. La llama trapezoidal ardía entre placas de cristal ensambladas bajo una ancha oscuridad en forma de torre, como en un cuartito, y dejaba subsistir la oscuridad a pocos pasos de distancia.

—Pero ahora seguro que ya es demasiado tarde, me lo has ocultado y pierdo el tren. ¿Por qué? ... (Faltan cuatro páginas.) ...

—Sí, como mucho Pirkershofer, bueno, y ese.

—Creo que el nombre aparece en las cartas de Betty, es aspirante de ferrocarril, ¿no?

—Sí, aspirante de ferrocarril y un tipo desagradable. Me darás la razón en cuanto hayas visto esa naricilla gruesa. Te digo que cuando uno va con ese por los campos aburridos... Por cierto, ya está trasladado y se va de allí, creo y espero, la semana que viene.

—Espera, antes has dicho que me aconsejas quedarme aquí esta noche. Lo he pensado, eso no iría bien. He escrito que llego esta noche, me estarán esperando.

—Eso es sencillo, telegrafías.

—Sí, eso se podría... pero no estaría bonito si no fuera... además estoy cansado, me iré ya; ... si llegara un telegrama, encima se asustarían. ... ¿Y para qué eso, adónde iríamos además?

—Entonces es realmente mejor que te vayas. Yo solo pensaba... Además, hoy no podría ir contigo, porque tengo sueño, he olvidado decírtelo. Me despediré ya, pues no quiero acompañarte más por el parque mojado, ya que aún quiero pasar a ver a los Gillemann. Son las seis menos cuarto, todavía se pueden hacer visitas a buenos conocidos. Addio. ¡Pues buen viaje y saludos a todos!

Lement giró a la derecha y tendió la mano derecha para despedirse, de modo que durante un instante caminó contra su brazo extendido.

—Adieu —dijo Raban.

Desde una corta distancia, Lement aún gritó:

—Oye, Eduard, ¿me oyes?, cierra el paraguas, ya no llueve desde hace tiempo. No he tenido ocasión de decírtelo.

Raban no respondió, plegó el paraguas y el cielo se cerró sobre él, pálido y oscurecido.

«Si al menos», pensó Raban, «me subiera a un tren equivocado. Entonces me parecería que la empresa ya ha comenzado, y si más tarde, tras aclarar el error, volviera de regreso a esta estación, entonces ya me sentiría mucho mejor. Pero si al final la región de allí es aburrida, como dice Lement, eso no tiene por qué ser una desventaja en absoluto. Al contrario, se permanecerá más en las habitaciones y en realidad nunca se sabrá con certeza dónde están todos los demás, pues si hay una ruina en los alrededores, entonces sí se emprende un paseo conjunto a esa ruina, tal como se ha acordado en firme algún tiempo antes. Pero entonces uno tiene que alegrarse por ello, por eso no debe perdérselo. Pero si no hay tal atracción turística, entonces tampoco hay discusión previa, pues se espera que ya será fácil encontrarse todos, si de repente, contra toda costumbre, se considera bueno hacer una excursión más grande, pues basta con enviar a la criada a la vivienda de los otros, donde están sentados ante una carta o ante libros y quedarán encantados con esta noticia. Bueno, protegerse de tales invitaciones no es difícil. Y sin embargo no sé si seré capaz, pues no es tan fácil como me lo imagino, ya que todavía estoy solo y aún puedo hacerlo todo, aún puedo volverme atrás si quiero, pues allí no tendré a nadie a quien poder visitar cuando quiera, y a nadie con quien poder hacer excursiones más fatigosas, que me enseñe allí el estado de su cereal o una cantera que explota por allí. Pues ni siquiera de los viejos conocidos se está seguro en absoluto. ¿No ha sido Lement amable conmigo hoy? Me ha explicado algunas cosas y lo ha presentado todo tal como me parecerá a mí. Me ha hablado y luego me ha acompañado, a pesar de que no quería saber nada de mí y él mismo tenía otro asunto pendiente. Pero ahora se ha ido de improviso y, sin embargo, no he podido ofenderlo con ninguna palabra. Es cierto que me he negado a pasar la noche en la ciudad, pero eso era natural, eso no puede haberlo ofendido, pues es un hombre razonable».

El reloj de la estación dio las seis menos cuarto. Raban se detuvo porque sintió palpitaciones, luego caminó deprisa a lo largo del estanque del parque, entró en un sendero estrecho y mal iluminado entre grandes arbustos, desembocó en una plaza en la que había muchos bancos vacíos apoyados en arbolillos, corrió entonces más despacio por una abertura en la verja hacia la calle, la cruzó, saltó hacia la puerta de la estación, encontró la taquilla al cabo de un ratito y tuvo que golpear un poco el cierre metálico. Entonces el funcionario se asomó, dijo que ya era la hora justa, cogió el billete y arrojó ruidosamente el pasaje solicitado y calderilla sobre el mostrador. Raban

quiso entonces recontar deprisa, pues pensaba que debía haber recibido más, pero un mozo que andaba cerca lo empujó a través de una puerta de cristal hacia el andén. Raban miró a su alrededor allí, mientras gritaba «¡Gracias, gracias!» al mozo, y como no encontró a ningún revisor, subió solo por la escalerilla del vagón más próximo, colocando siempre el maletín en el escalón más alto y subiendo luego él mismo, apoyado con una mano en el paraguas y la otra en el asa del maletín. El vagón al que entró estaba claro por la mucha luz de la marquesina de la estación, en la que se encontraba; ante algunos cristales, todos estaban cerrados hasta arriba, colgaba cerca y visible una lámpara de arco crepitante y las muchas gotas de lluvia en el cristal de la ventana eran blancas, a menudo algunas se movían. Raban oía el ruido del andén, incluso después de haber cerrado la puerta del vagón y de haberse sentado en el último trocito libre de un banco de madera marrón claro. Vio muchas espaldas y nucas y entre ellas los rostros reclinados en el banco de enfrente. En algunos sitios se arremolinaba humo de pipas y puros y pasaba una vez lánguidamente ante el rostro de una muchacha. A menudo los pasajeros cambiaban de sitio y comentaban este cambio entre ellos, o trasladaban su equipaje, que estaba en una estrecha red azul sobre un banco, a otra. Si sobresalía un bastón o el borde reforzado de un maletín, se le llamaba la atención al propietario. Este iba entonces y restablecía el orden. También Raban reflexionó y metió su maletín debajo de su asiento.

A su lado izquierdo, junto a la ventana, estaban sentados uno frente al otro dos señores y hablaban de precios de mercancías. «Son viajantes de comercio», pensó Raban, y respirando regularmente los miró. «El comerciante los envía al campo, ellos obedecen, viajan en tren y en cada pueblo van de tienda en tienda. A veces viajan en coche entre los pueblos. En ningún sitio deben detenerse mucho tiempo, pues todo debe hacerse deprisa, y siempre deben hablar solo de mercancías. ¡Con qué alegría puede uno entonces esforzarse en una profesión que es tan agradable!».

El más joven había sacado una libreta de notas del bolsillo trasero del pantalón con una sacudida, la hojeaba con el índice rápidamente humedecido en la lengua y leyó luego una página, mientras deslizaba por ella el dorso de la uña. Miró a Raban al levantar la vista, y tampoco apartó el rostro de Raban cuando habló entonces de precios de hilo, como quien mira fijamente a alguna parte para no olvidar nada de lo que quiere decir. Al hacerlo, apretaba las cejas contra sus ojos. Sostenía la libreta entreabierta en la mano

izquierda, con el pulgar en la página leída, para poder consultarla fácilmente si lo necesitaba. La libreta temblaba, pues no apoyaba este brazo en ninguna parte y el vagón en marcha golpeaba las vías como un martillo.

El otro viajante tenía la espalda apoyada, escuchaba y asentía con la cabeza a intervalos regulares. Se veía que no estaba en absoluto de acuerdo con todo y que más tarde diría su opinión.

Raban puso las palmas ahuecadas sobre sus rodillas e, inclinándose hacia delante, vio entre las cabezas de los viajantes la ventana y a través de la ventana luces que pasaban volando, y otras que retrocedían hacia la lejanía. Del discurso del viajante no entendió nada, tampoco entendería la respuesta del otro. Para eso sería necesaria primero una gran preparación, pues aquí hay gente que se ha ocupado de mercancías desde su juventud. Pero si se ha tenido un carrete de hilo tantas veces en la mano y se ha entregado tantas veces a la clientela, entonces se conoce el precio y se puede hablar de ello, mientras los pueblos vienen a nuestro encuentro y pasan deprisa, mientras al mismo tiempo se vuelven hacia la profundidad del país, donde tienen que desaparecer para nosotros. Y sin embargo, estos pueblos están habitados y tal vez allí los viajantes vayan de tienda en tienda.

Desde la esquina del vagón, en el otro extremo, se levantó un hombre corpulento, sostenía naipes en la mano y gritó:

—Tú, Marie, ¿has metido también las camisas de céfir?

—Pero sí —dijo la mujer, que estaba sentada frente a Raban. Había dormitado un poco, y cuando la pregunta la despertó ahora, respondió como para sí, como si se lo dijera a Raban.

—Van al mercado de Jungbunzlau, ¿no? —le preguntó el viajante animado.

—Sí, a Jungbunzlau.

—Esta vez es un mercado grande, ¿verdad?

—Sí, un mercado grande.

Estaba somnolienta, apoyaba el codo izquierdo en un hatillo azul y su cabeza se recostaba pesadamente contra su mano, que se hundía a través de la carne de la mejilla hasta el pómulo.

—Qué joven es —dijo el viajante.

Raban sacó el dinero que había recibido del cajero del bolsillo del chaleco y lo recontó. Sostuvo cada moneda erguida largo rato entre el pulgar y el índice y también la hizo girar de un lado a otro sobre la cara interna del pulgar con la punta del índice. Miró largamente la efigie del emperador, luego se fijó en la corona de laurel y en cómo estaba sujeta en la nuca con nudos y lazos de una cinta. Finalmente, encontró que la suma era correcta, y guardó el dinero en un gran monedero negro. Pero cuando quiso entonces decirle al viajante: «Es un matrimonio, ¿no cree?», el tren se detuvo. El ruido de la marcha cesó, los revisores gritaron el nombre de un lugar y Raban no dijo nada.

El tren arrancó tan despacio que uno podía imaginarse el giro de las ruedas, pero enseguida se precipitó por una pendiente y sin preparación se desgarraron y apretaron las largas varas de la barandilla de un puente ante las ventanas, o así pareció.

A Raban le gustó ahora que el tren corriera tanto, pues no le habría gustado quedarse en el último lugar. «Si allí está oscuro, si no se conoce a nadie allí, si se está tan lejos de casa. Entonces, de día, debe de ser horrible allí. ¿Y es diferente en la próxima estación o en las anteriores o en las posteriores o en el pueblo al que voy?».

El viajante habló de repente más alto. «Todavía falta mucho», pensó Raban.

—Señor, usted lo sabe tan bien como yo, estos fabricantes hacen viajar a sus agentes a las aldeas más pequeñas, se arrastran hasta el tendero más mugriento y ¿cree usted que les hacen otros precios que a nosotros los mayoristas? Señor, déjeme que se lo diga, exactamente los mismos precios, ayer mismo lo vi negro sobre blanco. Yo a eso lo llamo una canallada. Nos aplastan, con las condiciones actuales es sencillamente imposible para nosotros hacer negocios, nos aplastan.

Volvió a mirar a Raban; no se avergonzaba de las lágrimas en sus ojos; apretaba los nudillos de la mano izquierda contra su boca, porque le temblaban los labios. Raban se echó hacia atrás y tiró débilmente de su bigote con la mano izquierda.

La tendera de enfrente se despertó y se pasó las manos por la frente, sonriendo. El viajante hablaba más bajo. Una vez más, la mujer se acomodó como para dormir, se reclinó medio tumbada sobre su hatillo y suspiró. Sobre su cadera derecha se tensaba la falda.

Detrás de ella estaba sentado un señor con una gorra de viaje en la cabeza y leía un periódico grande. La muchacha de enfrente, que probablemente era pariente suya, le pidió —e inclinó al hacerlo la cabeza hacia el hombro derecho— que abriera la ventana, pues hacía mucho calor. Él dijo, sin levantar la vista, que lo haría enseguida, solo que antes tenía que terminar de leer un apartado en el periódico y le mostró qué apartado quería decir.

La tendera ya no pudo dormirse, se incorporó y miró por la ventana, luego miró largamente la llama de petróleo, que ardía amarilla en el techo del vagón. Raban cerró los ojos por un ratito.

Cuando levantó la vista, la tendera estaba mordiendo un trozo de pastel cubierto de mermelada marrón. El hatillo a su lado estaba abierto. El viajante fumaba un puro en silencio y hacía continuamente como si sacudiera la ceniza de la punta. El otro recorría con la punta de una navaja el mecanismo de un reloj de bolsillo, de modo que se oía.

Con los ojos casi cerrados, Raban vio aún confusamente cómo el señor de la gorra de viaje tiraba de la correa de la ventana. Entró un golpe de aire fresco, un sombrero de paja cayó de un gancho. Raban creyó que despertaba y que por eso tenía las mejillas tan refrescadas, o que abrían la puerta y lo metían en la habitación, o que se engañaba de algún modo, y rápidamente se durmió con profundas respiraciones.

II

La escalerilla del vagón aún temblaba un poco cuando Raban bajó ahora por ella. En su rostro, que venía del aire del vagón, golpeó la lluvia y él cerró los ojos. — Sobre el tejado de chapa delante del edificio de la estación llovía ruidosamente, pero sobre el vasto campo la lluvia caía solo de tal modo que se creía oír un viento que soplaba regularmente. Un muchacho descalzo llegó corriendo —Raban no había visto desde dónde— y pidió, sin aliento, que Raban le dejara llevar el maletín, pues llovía, pero Raban dijo: Sí, llovía, por eso iría en el ómnibus. No lo necesitaba. A eso, el muchacho hizo una mueca, como si considerara más distinguido ir bajo la lluvia y hacerse llevar el maletín que ir en coche, se dio la vuelta enseguida y se fue corriendo. Entonces ya fue demasiado tarde cuando Raban quiso llamarlo.

Se veían arder dos faroles y un empleado de la estación salió de una puerta. Caminó, sin vacilar, a través de la lluvia hacia la locomotora, se quedó allí quieto con los brazos cruzados y esperó hasta que el maquinista se inclinó sobre su barandilla y habló con él. Llamaron a un mozo, vino y lo mandaron de vuelta. En algunas ventanas del tren había pasajeros, y como tenían que mirar un edificio de estación corriente, su mirada estaba probablemente nublada, los párpados se habían acercado el uno al otro, como durante el viaje. Una muchacha, que llegó deprisa al andén desde la carretera bajo una sombrilla con estampado de flores, puso el paraguas abierto en el suelo, se sentó y separó las piernas para que su falda se secara mejor, y con las yemas de los dedos recorrió la falda tensada. Ardían solo dos faroles, su rostro era indistinto. El mozo, que pasó por allí, se quejó de que se formaban charcos bajo el paraguas, redondeó los brazos ante sí para mostrar el tamaño de esos charcos, y luego movió las manos una detrás de otra por el aire como peces que se hunden en agua más profunda, para dejar claro que ese paraguas también obstaculizaba el tráfico.

El tren arrancó, desapareció como una larga puerta corredera y detrás de los álamos al otro lado de las vías estaba la masa de la comarca, que perturbaba la respiración. ¿Era una abertura oscura o era un bosque, era un estanque o una casa en la que la gente ya dormía, era el campanario de una iglesia o un barranco entre las colinas? Nadie debía atreverse a ir allí, pero ¿quién podía contenerse? —

Y cuando Raban divisó aún al empleado —estaba ya ante el escalón de su oficina—, corrió hacia él y lo detuvo:

—Por favor, ¿está lejos el pueblo? Es que quiero ir allí.

—No, un cuarto de hora, pero con el ómnibus —pues llueve— está usted allí en cinco minutos. Por favor.

—Llueve. No es una primavera bonita —dijo Raban entonces.

El empleado había puesto la mano derecha en la cadera y a través del triángulo que se formaba entre el brazo y el cuerpo, Raban vio a la muchacha, que ya había cerrado el paraguas, en su banco.

—Si uno va ahora a veranear y tiene que quedarse allí, es para lamentarlo. En realidad, pensaba que me esperarían. —Miró alrededor, para que pareciera creíble—. Me temo que perderá el ómnibus. No espera tanto. De nada. — El camino va por allí, entre los setos.

La calle delante de la estación no estaba iluminada, solo de tres ventanas de la planta baja del edificio salía un resplandor neblinoso, pero no llegaba lejos. Raban caminó de puntillas por el lodo y gritó «¡Cochero!» y «¡Eh!» y «¡Ómnibus!» y «¡Aquí estoy!» muchas veces. Pero cuando se metió en charcos apenas interrumpidos en el lado oscuro de la calle, tuvo que seguir chapoteando con las suelas enteras, hasta que de repente un hocico de caballo mojado rozó su frente.

Allí estaba el ómnibus; subió deprisa al compartimento vacío, se sentó junto al cristal detrás del pescante e inclinó la espalda en el rincón, pues había hecho todo lo que era necesario. Pues si el cochero duerme, se despertará hacia el amanecer; si está muerto, vendrá un nuevo cochero o el posadero; pero si tampoco eso ocurre, entonces vendrán pasajeros con el primer tren, gente apresurada que hará ruido. En cualquier caso, se podía estar tranquilo, se podía incluso correr las cortinas de las ventanas y esperar la sacudida con la que este coche tenía que arrancar.

«Sí, después de lo mucho que ya he emprendido, es seguro que mañana llegaré junto a Betty y junto a mamá, eso nadie puede impedirlo. Solo que es correcto y también era de prever que mi carta no llegará hasta mañana, así que muy bien podría haberme quedado aún en la ciudad y haber pasado una noche agradable en casa de Elvy, sin tener que temer el trabajo del día siguiente, lo que de otro modo me estropea cualquier placer. Pero mira, tengo los pies mojados».

Encendió un cabo de vela que había sacado del bolsillo del chaleco y lo puso en el banco de enfrente. Había suficiente luz; la oscuridad de fuera hacía que se vieran las paredes del ómnibus pintadas de negro, sin cristales. No había que pensar enseguida que bajo el suelo había ruedas y delante el caballo enganchado.

Raban se frotó los pies a fondo en el banco, se puso calcetines limpios y se sentó erguido. Entonces oyó a alguien que gritaba desde la estación: «¡Eh!», que si había un pasajero en el ómnibus, que podía manifestarse.

—¡Sí, sí, y ya le gustaría ir! —respondió Raban inclinado desde la puerta abierta, agarrándose con la mano derecha al poste, la izquierda abierta, cerca de la boca. El agua de la lluvia le corría impetuosamente entre el cuello de la camisa y el cuello.

Envuelto en la lona de dos sacos cortados, el cochero se acercó, el reflejo de su farol de establo saltaba por los charcos bajo él. Malhumorado, comenzó una explicación: Ojo, que había estado jugando a las cartas con Lebeda y que estaban precisamente muy enfrascados cuando ha llegado el tren. Que entonces le habría sido imposible ir a mirar, pero que no quería insultar a quien no lo comprendiera. Que, por lo demás, esto era un lugar asqueroso sin paliativos y que no se entendía qué podía tener que hacer un señor así aquí, y que ya llegaría al pueblo con tiempo de sobra, así que no tenía que quejarse en ninguna parte. Que acababa de entrar ahora el señor Pirkershofer —por favor, ese es el señor adjunto— y había dicho que creía que un rubito quería ir con el ómnibus. Bueno, que entonces él había preguntado enseguida, ¿o es que acaso no había preguntado enseguida?

El farol fue fijado en la punta de la lanza, el caballo, llamado con voz sorda, tiró y el agua ahora removida arriba, en el techo del ómnibus, goteaba lentamente al interior del coche a través de una rendija.

El camino podía ser montañoso, seguro que el lodo saltaba a los radios, abanicos de agua de los charcos se formaban ruidosamente hacia atrás en las ruedas que giraban, con las riendas casi siempre flojas el cochero sujetaba al caballo chorreante. —¿No podía usarse todo eso como reproches contra Raban? Muchos charcos eran iluminados inesperadamente por el farol que temblaba en la lanza y se dividían, formando olas, bajo la rueda. Eso ocurría solo porque Raban iba a ver a su novia, a Betty, una muchacha bonita y algo entrada en años. ¿Y quién, si es que se quería hablar de ello, apre-

ciaría los méritos que Raban tenía aquí, aunque solo fueran los de soportar aquellos reproches que, por supuesto, nadie podía hacerle abiertamente? Naturalmente, él lo hacía con gusto, Betty era su novia, la quería, sería asqueroso que ella encima le diera las gracias por ello, pero aun así.

Sin querer, golpeaba a menudo con la cabeza la pared en la que se apoyaba, entonces miraba un ratito al techo. Una vez, su mano derecha resbaló del muslo, en el que la había apoyado, hacia abajo. Pero el codo permaneció en el ángulo entre el vientre y la pierna.

El ómnibus ya circulaba entre casas, de vez en cuando el interior del coche participaba de la luz de una habitación, una escalinata —para ver sus primeros peldaños Raban habría tenido que levantarse— estaba construida hacia una iglesia, ante la verja de un parque ardía una lámpara con gran llama, pero la estatua de un santo solo destacaba negra gracias a la luz de una tienda de ultramarinos, ahora Raban vio su vela consumida, cuya cera derretida colgaba inmóvil del banco.

Cuando el coche se detuvo ante la posada, la lluvia se oía con fuerza y —probablemente había una ventana abierta— también las voces de los clientes, Raban se preguntó qué era mejor, si bajar enseguida o esperar a que el posadero viniera al coche. Cuál era la costumbre en este pueblecito, no lo sabía, pero seguramente Betty ya había hablado de su prometido, y según su aparición espléndida o débil, la consideración de ella aquí aumentaría o disminuiría y con ello, a su vez, también la suya propia. Pero ahora no sabía ni en qué consideración estaba ella, ni qué había difundido sobre él, tanto más desagradable y difícil. ¡Bonita ciudad y bonito camino a casa! Si allí llueve, uno va a casa en tranvía sobre piedras mojadas, aquí en este carromato por el fango hasta una posada. — «La ciudad está lejos de aquí, y si ahora amenazara con morirme de nostalgia, nadie podría llevarme hoy ya. — Bueno, tampoco me moriría — pero allí me ponen en la mesa el plato esperado para esta noche, a la derecha detrás del plato el periódico, a la izquierda la lámpara, aquí me darán una comida siniestramente grasa —no saben que tengo el estómago delicado, y si lo supieran—, un periódico extraño, mucha gente, a la que ya oigo, estará presente y una lámpara arderá para todos. ¿Qué clase de luz puede dar eso?, ¿suficiente para jugar a las cartas, pero para leer el periódico?

El posadero no viene, no le importan los huéspedes, probablemente es un hombre antipático. ¿O sabe que soy el prometido de Betty y le da eso un motivo para no venir a por mí? Con eso también encajaría que el cochero me haya hecho esperar tanto en la estación. Betty ha contado a menudo cuánto tuvo que sufrir por culpa de hombres lascivos y cómo tuvo que rechazar su apremio, tal vez también aquí...» (Se interrumpe.)

(Segundo manuscrito)

Cuando Eduard Raban, atravesando el zaguán, salió al vano del portón, pudo ver cómo llovía. Llovía poco.

Sobre la acera, justo delante de él, ni más alta ni más baja, caminaban, pese a la lluvia, muchos transeúntes. De vez en cuando, alguien se adelantaba y cruzaba la calzada.

Una niña llevaba en los brazos extendidos un perro gris. Dos señores se hacían mutuamente confidencias sobre algún asunto, se volvían de vez en cuando con toda la parte delantera el uno hacia el otro y luego se apartaban lentamente de nuevo; recordaba a puertas abiertas por el viento. Uno de ellos mantenía las manos con las palmas hacia arriba y las movía uniformemente arriba y abajo, como si sostuviera un peso en vilo para comprobarlo. Entonces se divisaba a una dama esbelta, cuyo rostro se crispaba levemente, como la luz de las estrellas, y cuyo sombrero plano estaba cargado hasta el borde y en lo alto con cosas irreconocibles; parecía ajena a todos los transeúntes sin intención, como por una ley. Y un joven con un fino bastón pasaba deprisa, con la mano izquierda plana sobre el pecho, como si estuviera paralizada. Muchos tenían quehaceres; a pesar de que iban deprisa, se les veía más tiempo que a otros, ora en la acera, ora abajo, las chaquetas les sentaban mal, no les importaba la compostura, se dejaban empujar por la gente y también empujaban. Tres señores —dos de ellos sostenían ligeros gabanes sobre el antebrazo doblado— iban desde la pared de las casas hasta el borde de la acera, para ver cómo iban las cosas en la calzada y en la acera de enfrente.

Por los huecos entre los transeúntes se veían, ora fugazmente, ora con comodidad, los adoquines de la calzada, regularmente rejuntados, sobre los que los coches, tambaleándose sobre las ruedas, eran arrastrados deprisa por caballos con los cuellos estirados. La gente, reclinada en los asientos acolchados, miraba en silencio a los peatones, las tiendas, los balcones y el

cielo. Si un coche tenía que adelantar a otro, los caballos se apretujaban y los correajes colgaban bamboleándose. Los animales tiraban de la lanza, el coche rodaba, balanceándose apresuradamente, hasta que completaba el arco alrededor del coche delantero y los caballos volvían a separarse, aún con las estrechas cabezas inclinadas la una hacia la otra.

Un señor mayor se acercó deprisa al portón de la casa, se detuvo sobre el mosaico seco, se volvió. Y miró entonces la lluvia, que caía de forma confusa, encajonada en este estrecho callejón.

Raban dejó en el suelo el maletín de mano forrado de tela negra, doblando przy tym un poco la rodilla derecha. El agua de la lluvia ya corría en franjas por los bordes de la calzada, tensándose casi hasta los sumideros más bajos.

El señor mayor estaba de pie bastante cerca de Raban, que se apoyaba un poco contra la hoja de madera del portón, y miraba de vez en cuando hacia Raban, aunque para ello tuviera que girar bruscamente el cuello. Pero lo hacía solo por la natural necesidad, ya que estaba desocupado, de observar exactamente todo, al menos en su entorno. La consecuencia de este mirar de un lado a otro sin propósito era que no percibía muchísimas cosas. Así, se le escapó que los labios de Raban estaban muy pálidos y no desmerecían mucho del rojo completamente desvaído de su corbata, que lucía un estampado morisco antaño llamativo. Pero si lo hubiera notado, entonces en su interior seguramente habría armado un verdadero escándalo al respecto, lo que, por otra parte, tampoco habría sido lo correcto, pues Raban siempre estaba pálido, aunque ciertamente en los últimos tiempos algo pudiera haberlo cansado especialmente.

—Vaya tiempo —dijo el señor en voz baja y sacudió la cabeza, ciertamente de forma consciente y, sin embargo, un poco senil.

—Sí, sí, y si uno tiene que viajar con esto —dijo Raban y se enderezó rápidamente.

—Y no es un tiempo que vaya a mejorar —dijo el señor y miró, para comprobarlo todo en el último momento, inclinándose hacia delante, una vez calle arriba, luego abajo, luego al cielo—, esto puede durar días, puede durar semanas. Por lo que recuerdo, tampoco hay nada mejor pronosticado para junio y principios de julio. Bueno, esto no alegra a nadie, yo, por ejem-

plo, tendré que renunciar a mis paseos, que son extremadamente importantes para mi salud.

Entonces bostezó y pareció desfallecido, ya que ahora había oído la voz de Raban y, ocupado con esta conversación, ya no tenía interés en nada, ni siquiera en la conversación.

Esto causó bastante impresión en Raban, ya que el señor lo había abordado primero, e intentó por ello presumir un poco, incluso aunque ni siquiera se notara.

—Cierto —dijo—, en la ciudad se puede renunciar muy bien a lo que a uno no le conviene. Si no se renuncia, entonces solo se puede hacer reproches a sí mismo por las malas consecuencias. Uno se arrepentirá y así verá con más claridad aún cómo debe comportarse la próxima vez. Y aunque eso ya en lo particular... (faltan dos páginas) ...

—No quiero decir nada con eso. No quiero decir nada en absoluto —se apresuró a decir Raban, dispuesto, en la medida de lo posible, a disculpar la distracción del señor, ya que aún quería presumir un poco—. Todo es solo del libro antes mencionado, que precisamente, como otros también, he leído por la noche últimamente. Estaba casi siempre solo. Ha habido así unas circunstancias familiares. Pero al margen de todo lo demás, un buen libro es lo que más me gusta después de la cena. Desde siempre. Últimamente leí en un prospecto, como cita de algún escritor: «Un buen libro es el mejor amigo», y eso es realmente verdad, así es, un buen libro es el mejor amigo.

—Sí, cuando se es joven... —dijo el señor y no quería decir nada especial con eso, sino que solo quería expresar cómo llovía, que la lluvia volvía a ser más fuerte y que ahora no quería parar en absoluto, pero a Raban le sonó como si el señor, aún con sesenta años, se considerara fresco y joven y en cambio no valorara en nada los treinta años de Raban, y quisiera decir además con ello, en la medida en que estuviera permitido, que a los treinta años él, por supuesto, había sido más sensato que Raban. Y que creía que, incluso si por lo demás no se tuviera nada que hacer, como por ejemplo él, un hombre viejo, aun así significaba desperdiciar el tiempo si uno estaba aquí en el zaguán así ante la lluvia, pero si además se pasaba el tiempo con cháchara, entonces se desperdiciaba doblemente.

Ahora Raban creía que, desde hacía algún tiempo, nada podía afectarle de lo que otros dijeran sobre sus capacidades u opiniones, sino que había abandonado formalmente aquel lugar donde había obedecido a todo, completamente entregado, de modo que la gente ahora solo hablaba al vacío, tanto si estaban en contra como a favor de él. Por eso dijo:

—Hablamos de cosas diferentes, ya que usted no ha esperado a lo que quiero decir.

—Por favor, por favor —dijo el señor.

—Bueno, no es tan importante —dijo Raban—, solo quería decir que los libros son útiles en todos los sentidos y muy especialmente donde uno no debería esperarlo. Pues si se tiene un proyecto, entonces precisamente los libros cuyo contenido no tiene nada en común con el proyecto son los más útiles. Pues el lector, que sin embargo se propone aquel proyecto, es decir, que está de algún modo (y aunque formalmente solo el efecto del libro pueda penetrar hasta aquel ardor) ardiente, es incitado por el libro a toda clase de pensamientos que conciernen a su proyecto. Pero como el contenido del libro es precisamente uno completamente indiferente, el lector no es obstaculizado en absoluto en aquellos pensamientos y avanza con ellos por en medio del libro, como una vez los judíos a través del Mar Rojo, quisiera decir.

La persona entera del viejo señor adquirió ahora para Raban una expresión desagradable. Le pareció como si se le hubiera acercado especialmente, —pero era solo insignificantemente... (faltan dos páginas) ...

—También el periódico. — Pero aún quería decir, yo solo voy al campo, solo por dos semanas, me he tomado vacaciones, por primera vez desde hace tiempo, también es necesario por lo demás, y sin embargo, por ejemplo, un libro que, como he mencionado, he leído últimamente, me ha instruido más sobre mi pequeño viaje de lo que usted podría imaginar.

—Escucho —dijo el señor.

Raban se quedó callado y, así erguido como estaba, metió las manos en los bolsillos algo demasiado altos de su abrigo.

Solo al cabo de un rato dijo el viejo señor:

—Este viaje parece tener para usted una importancia especial.

—Ya ve, ya ve —dijo Raban y volvió a apoyarse contra el portón.

Solo entonces vio cómo el zaguán se había llenado de gente. Incluso delante de la escalera de la casa estaban, y un funcionario, que también había alquilado una habitación en casa de la misma mujer que Raban, tuvo, al bajar la escalera, que pedir a la gente que le hiciera sitio. Le gritó a Raban, que solo señaló la lluvia con la mano, por encima de algunas cabezas que ahora se volvían todas hacia Raban: «¡Feliz viaje!» y renovó una promesa evidentemente hecha con anterioridad, de visitar a Raban el próximo domingo sin falta. ... (Faltan dos páginas) ... tiene un puesto agradable, con el que también está contento y que lo esperaba desde siempre. Es tan perseverante e interiormente alegre que para su entretenimiento no necesita a nadie, pero todos a él. Siempre estuvo sano. Ah, no hable.

—No discutiré —dijo el señor.

—No discutirá, pero tampoco admitirá su error, ¿por qué insiste tanto en ello? Y aunque ahora se acuerde tan nítidamente, olvidaría, se lo apuesto, todo, si hablara con él. Me haría reproches por no haberle refutado mejor ahora. Aunque solo hable de un libro. Se entusiasma enseguida por todo lo bello...